

ENRIQUE BELTRÁN Y ALFREDO SENDÍN GALIANA

¡QUÉ MÁS DA!

Comedia en tres actos y en prosa

Estrenada en el Teatro *Eslava* de Valencia,
el 18 de febrero de 1938, y en el *Lope de Vega*
(Alcázar), de Madrid, el 27 de abril del mismo año

Dedicatoria a
AMPARITO SOLER-MARÍ LEAL
Acepta en ti, el sincero homenaje de admiración
y gratitud que debemos a tus padres.

Beltrán y Sendín Galiana

REPARTO

Personajes

Florentina
Doña Amparo
Elena
Tonina
Mariína
Lolo
Virgilio Canet
Mauricio Zambrano
Esteban
Narciso
Berniza
Tadeo
Manolín
Campillo
Asdrúbal

En Valencia

Milagros Leal
Amparo Saus
María Luisa Colomina
Amparo Cervera
Elisa Cano
Herminia G. Lemos
Jesús Navarro
Abelardo Merlo
Miguel Virostque
Carlos G. Lemos
Nicolás Rodríguez
José Portes
Salvador Soler-Marí
Manuel Rodrigo
Vicente P. Marí

En Madrid

Társila Criado
Concha Farlán
Carmen Palencia
Carola Fernán-Gómez
Blanca Belver
Anita Bas
Jesús Tordesillas
José M. Rupert
Tomás Blanco
Jaime Herránz
Delfín Prieto
Miguel Gómez
Antonio Molero
José M^a Rodríguez
Antonio Braña

La acción en Valencia. Época actual. Orientación escénica, la del actor.

ACTO PRIMERO

Interior de un almacén al por mayor de paquetería. Grandes estanterías repletas de cajas de cartón con diferentes artículos: medias, calcetines, botones, etc., etc. Largo mostrador de pino y, donde convenga, garita o despachito, bastante alto, en el que trabaja el auxiliar de caja. Hay esparcidas varias cajas grandes de madera y algunas sillas no muy nuevas. Sobre el mostrador infinidad de cajitas de cartón con diferentes géneros que irá colocando TADEO en una de las cajas grandes. Hay también una sierra y varias herramientas de carpintero. Al foro izquierda, puerta de entrada con cristales, en cuyo marco superior se leerá, de derecha a izquierda: *Zambrano y Canet. Almacén de paquetería*. A la izquierda, primer término, mampara, que da acceso al despacho.

En escena, D. VIRGILIO, uno de los dueños del almacén. Lleva guardapolvo gris. CAMPILLO, el auxiliar de caja, y TADEO, el mozo y embalador del almacén, también con guardapolvo de dril.

- TADEO. *(En voz alta y colocando las cajitas en la caja grande de madera.)* ¡Tres docenas calcetines seda artificial, talla diez, «Nerón»!...
- CAMPILLO. *(Repite, anotando.)* ...¡«Nerón»!...
- TADEO. ¡Dos mazos botones hueso calzoncillo!...
- CAMPILLO. ...cillo...
- TADEO. ¡Dos cajas medias, serie trescientos veintiuno, barra tres!...
- CAMPILLO. ¡Barra tres!...
- VIRGILIO. *(Que durante el anterior diálogo ha estado llevando cajitas de un montón a otro, dando muestras de su actividad.)* ¡Más rápido!... ¡Más rápido!... ¡Saben ustedes que ese pedido es urgente!
- TADEO. *(Algo azorado, vocea y coloca el género con rapidez vertiginosa.)* Sí, señor. ¡Cuatro mazos botones fantasía azabache negro!...
- VIRGILIO. *(En son de reproche.)* El azabache todo es negro, Tadeo.
- TADEO. *(Aumenta su azoramiento.)* Es verdad. ¡Dos cajas perfume «Maderas Onteniente»!
- VIRGILIO. «Maderas de Oriente», hombre.
- TADEO. ¡Maldita sea!... ¡Seis cajas de algodón en rama!
- VIRGILIO. ¡Algodón «Áncora»!... Yo seguiré. Tú vete a ver si han venido mis sobrinas.
- TADEO. ¿Y a qué hora llega el tren?
- VIRGILIO. ¿Cuándo me has oído decir que vienen en tren?
- TADEO. No creo que vengan a pie, don Virgilio.
- VIRGILIO. Pero hay autobuses, hombre. *(Rápido.)*
- TADEO. Es verdad. Y camiones.
- VIRGILIO. *(Molesto.)* ¡Y aeroplanos!
- TADEO. Es verdad. ¡Y carros!
- VIRGILIO. ¡Y hombres idiotas!
- TADEO. Más que carros y camiones. Pero dejemos esto. ¿Dónde hay que ir a recibir a sus sobrinas?...
- VIRGILIO. A la Oficina Central de Evacuación. ¿Sabes dónde está?
- TADEO. ¡Ya lo creo! Junto a la casa de una parienta mía, casada con un primo hermano de...

- VIRGILIO. *(Cortando.)* Bueno, bueno... Vas allí y preguntas la hora aproximada que vienen los evacuados de Madrid. Si dicen de un momento a otro, esperas. ¿Recuerdas bien las señas que te di?
- TADEO. Sí, señor.
- VIRGILIO. Como no hay taxis, alquilas un simón y las traes.
- TADEO. Muy bien. ¿Nada más?
- VIRGILIO. Que vengáis pronto.
- TADEO. Volando, *(Vuelve sobre sus pasos casi desde la puerta.)* La más pequeña es bajita y chatilla. ¿No es eso?
- VIRGILIO. Ya te lo dije. Y la mayor, un poco más alta y no tan chatilla.
- TADEO. Graciosas y simpáticas las dos.
- VIRGILIO. Las dos.
- TADEO. Comprendido.
- VIRGILIO. Hace una hora que estoy dándote detalles. Ellas esperarán a la puerta de la Oficina, hasta que alguien se acerque a interrogarlas. Tu pregunta ha de ser: ¿Elena?... ¿Florentina?... ¿No?...
- TADEO. Y ellas han de responder: ¡Sí!
- VIRGILIO. Exacto.
- TADEO. Exacto. *(Iniciando mutis.)* Chatilla la más bajita... La otra, más alta y menos chatilla... ¿No?... ¡Sí!... ¡Vaya taco!... No se me olvida... Hasta ahora. *(Mutis calle.)*
- CAMPILLO. *(Que durante la anterior conversación ha seguido trabajando en su garita, sin preocuparse de lo que hablan los otros.)* ¿Terminamos lo del señor Ibáñez, don Virgilio?
- VIRGILIO. No hay que perder un minuto. Vamos allá. *(En voz alta y colocando las cajitas en la caja grande.)* ¡Seis cajas algodón «Áncora»!...
- CAMPILLO. Eso ya está anotado.
Del despacho, ESTEBAN, contable de la casa.
- ESTEBAN. Don Virgilio, no cuadra el envío de Barrutell, de Badalona, con su factura.
- VIRGILIO. Repasa, Esteban, repasa.
- ESTEBAN. Las matemáticas no mienten. A lo mejor se ha contado mal el género.
- VIRGILIO. Campillo, baje al sótano y recuéntelo a conciencia.
- CAMPILLO. Como mande.
Mutis por la garita al interior.
- ESTEBAN. ¿Todavía no está embalada la caja?
- VIRGILIO. Ahora la terminaremos. Mandé a Tadeo a esperar a mis sobrinas.
- ESTEBAN. ¿Las de Madrid?
- VIRGILIO. Sí. Recibí esta tarde una carta urgente dándome cuenta de su llegada.
- ESTEBAN. ¿Lo saben ya doña Amparo y sus hijos?
- VIRGILIO. No. Llegó la carta cuando ya habían salido.
- ESTEBAN. Va a ser una gran sorpresa para ellos.

- VIRGILIO. Y para todos. La verdad es que ya nos habíamos olvidado de mis pobres sobrinas. Cuando ocurrió el suceso nos escribieron participándonos su desgracia.
- ESTEBAN. Y aquella carta cayó en el vacío, según usted me contó.
- VIRGILIO. Mi mujer y mis hijos son así... Ni contestaron. Prefirieron que las otras supusieran que no habíamos recibido la noticia.
- ESTEBAN. ¡Rarezas!
- VIRGILIO. Mi mujer y mi hijo, que en otro tiempo tanto se envanecían con sus parientes de Madrid, hoy que la guerra arrebató de aquel hogar los padres y la riqueza, sienten ante su desventura una cruel indiferencia.
- ESTEBAN. ¿Y al fin vienen evacuadas?...
- VIRGILIO. ¿Qué remedio?... Hasta ahora vivieron de la caridad de unos amigos. Hoy no tienen otra esperanza que la que les ofrezca nuestros brazos.
- ESTEBAN. Están ustedes obligados. Por humanidad, al menos.
- VIRGILIO. Y por agradecimiento. Yo no puedo olvidar el apoyo que su padre –mi cuñado –nos prestó al iniciar nuestra lucha. Gracias a su dinero pudimos Zambrano y yo realizar nuestra gran ilusión de establecernos. Sin la generosidad de mi hermano político, mi socio y yo tal vez seguiríamos soñando...
- ESTEBAN. Desgraciadamente, estas muchachitas, como tantas otras, son víctimas sin culpa de nuestra inmensa catástrofe.
- VIRGILIO. Imagínate. Acostumbradas a una vida de júbilo y bienestar... El mundo para ellas era un juguete más... Viviendo mi cuñado –tú conocías su posición–, ¿qué podía faltarles?
- ESTEBAN. Nada. Me hago cargo.
- VIRGILIO. Y, de repente, el cataclismo. La brutal conmoción del hecho trágico. La guerra hace su siembra de dolor y salpica de sangre los hogares.... De aquella casa rica quedaron los escombros y dos criaturas pobres y desamparadas.
- ESTEBAN. En ustedes está el compensarles de tanta desolación.
- VIRGILIO. ¡Si por mí fuera!... ¿Qué te voy a decir que tú lo ignores?
- ESTEBAN. Todos no son como usted. Es cierto. Pero en un caso así no dudo que su familia hará suyo este dolor.
- VIRGILIO. Mucho sentiría que ocurriese lo contrario.
De la calle, MANOLÍN. Tipo de recia contextura y alma de niño. Es recadero de un pueblo y viene cargado con un saco, unos paquetes y algún juguete.
- MANOLÍN. ¡Salud!
- ESTEBAN. Muy buenas.
- VIRGILIO. ¿Qué se le ofrece?...
- MANOLÍN. *(Con mucha cachaza, descarga el saco, se limpia el sudor y, sacando una carta, lee el sobre, torpemente.)* «Señores Zambra...» No.
- VIRGILIO. Sí, hombre, sí. «Zambrano y Canet».

- MANOLÍN. *(Leyendo.)* «Mayor...istas».
- VIRGILIO. Mayoristas de paquetería, mercería y novedades.
- MANOLÍN. Cabal.
- VIRGILIO. Diga pronto qué quiere. Tenemos mucho trabajo.
- MANOLÍN. *(A D. VIRGILIO.)* ¿Es «usted» el señor Zambrano?...
- VIRGILIO. Soy el señor Canet.
- MANOLÍN. ¡Qué más da! Yo soy Manolín... El Manolín...
- VIRGILIO. ¿Manolín?
- MANOLÍN. Recadero de Torres-Altas.
- VIRGILIO. ¡Ah! ¿Le manda don Antonio Ibáñez?
- ESTEBAN. Con toda seguridad.
- MANOLÍN. Lo han acertado. Aquí traigo una carta suya y espero contestación.
- VIRGILIO. *(Toma la carta y dice a ESTEBAN, antes de leerla.)* Verás cómo se lamenta de nuestra tardanza en remitirle el género. *(A MANOLÍN.)* Mire donde está la caja.
- MANOLÍN. Ya. ¡Menuda es!
- VIRGILIO. *(Después de leer la carta.)* Si puede volver más tarde, cuando esté el mozo, le dirá al señor Ibáñez con certeza cuándo la facturaremos.
- ESTEBAN. *(A MANOLÍN.)* ¿Regresa hoy mismo al pueblo?
- MANOLÍN. Mi servicio es de pregunta y respuesta diaria. *(Confidencial.)* Pero podré volver. Hoy no pienso marcharme hasta que lleguen los evacuados de Madrid. Quiero llevarme a casa un par de niños.
- VIRGILIO. ¿Un par de niños?
- MANOLÍN. ¡O niñas!... ¡Qué más da!... Y si son dos niños y dos niñas... pues, ¡qué más da! Más compañía para mi Ramona... Puede ser que acortemos la ración, pero...
- VIRGILIO. ¿Cuántos hijos tiene usted?
- MANOLÍN. Ninguno. Y si los tuviera... ¡qué más da! *(Mostrando una muñeca.)* Miren «ustés» qué muñecona.
- VIRGILIO. ¿Algún encargo?...
- MANOLÍN. De mi Ramona. Para la primera niña evacuada que diga: «¡Yo me voy con Manolín!» *(Por un cañón de juguete.)* Y esto... para el primer huerfanito que venga a mi casa.
- VIRGILIO. Bonito cañón.
- MANOLÍN. ¡Pero este no hace daño!
- ESTEBAN. ¡Si todos fueran así!
- VIRGILIO. ¡Le habrán costado caros los juguetes!
- MANOLÍN. ¡Bah!... ¡Qué más da!... No es que me sobre el dinero, pero... ¡A mí todo me sobra!... ¡Y si es a mi mujer!... ¡Pobre Ramona!... ¡Aquello es un pedazo de pan!... No hace más que llorar, llorar... Muchas noches después de haber cenao –lo que buenamente se puede–, nos quedamos mirándonos fijamente el uno al otro y, sin saber por qué, rompemos en un llanto... ¡Dirían ustés que se nos desgarrá el corazón! *(Transición.)*

¡Parecemos dos tontos!... *(Transición.)* Pero yo adivino en ella, como ella adivina en mí, la causa de nuestras lágrimas: ¡los evacuados!... ¡Nada hay que encoja tanto el ánimo como la pena de los que no tienen casa, porque todo lo perdieron en la guerra.

VIRGILIO. ¡Tiene razón, Manolín!... ¡Evacuados! ¡Palabra triste y de emoción amarga!

MANOLÍN. *(Con alegría infantil.)* Por eso queremos llevarnos a casa un par de ellos. ¡O dos pares!... ¡Qué más da!... Quien no da su casa, su comida y su lecho a un evacuado, piense que también él podrá serlo cualquier día!...

VIRGILIO. Es innegable que lo merecen todo. Pero hay que reconocer el mal uso que algunos han hecho de la hospitalidad que se les brindó.

MANOLÍN. ¡Bah!... ¡Qué más da!... El solo hecho de haber tenido que abandonar el hogar y los enseres queridos, disculpa el mal que unos hacen por el bien con que pagan los demás. Los que lleve a mi casa pueden hacer en ella lo que quiera. Si nos paramos a pensar en la guerra, lo otro, todo lo otro... ¡qué más da!... No tiene importancia alguna. *(Se enjuga una lágrima. Transición.)* ¡Y ustedes perdonarán la tabarra!...

VIRGILIO. Nada de eso. Al contrario.

MANOLÍN. Cuando hablo de este asunto me pongo un poco pesado.

ESTEBAN. ¡Qué más da!

MANOLÍN. ¡Ja, ja, ja!... ¡Se le ha pegao!... Lo malo es lo que se pega. Hasta más tarde...

ESTEBAN. ¡Que haya suerte con los chicos y que salgan buenos!

MANOLÍN. ¡Como si salen malos!... ¡Qué más da!

Mutis a la calle.

ESTEBAN. *(Por MANOLÍN)* ¡Ahí tiene usted un corazón magnífico!

VIRGILIO. ¡Si tuviera hijos, tal vez no hablase así!

ESTEBAN. Con hijos y sin ellos, creo que haría lo que va a hacer Para él, ante la llaga viva de la guerra, lo demás no tiene importancia, y todo lo resume en una frase: ¡Qué más da!... ¡Es una lección hermosa en unos labios humildes!

CAMPILLO vuelve a asomar al despacho.

CAMPILLO. Don Virgilio, recontado el género, conculpa con el pedido.

ESTEBAN. Es error de factura. Lo que dije.

VIRGILIO. Consultaremos el caso con don Mauricio. Hizo él la nota y sabéis cómo las gasta.

ESTEBAN. Según le da. Tiene también sus manías.

VIRGILIO. No hables así, Esteban. Mi consocio es todo un hombre. Cumple sus deberes y reclama sus derechos. Exige y sabe corresponder.

CAMPILLO. Sí, señor. A mí me corresponde a gritos, pero me corresponde.

ESTEBAN. Algo es algo.

VIRGILIO. *(Con admiración.)* ¡Don Mauricio es un carácter!... ¡Qué hubiera sido yo sin él!... Nadie ni nada. Su energía y su valor fueron el noble estímulo de mi lucha.

CAMPILLO. ¿Comenzaron ustedes juntos?

- VIRGILIO. Aprendices éramos cuando nos conocimos. Ya de mozos, Zambrano no se resignaba a la esclavitud de un mostrador. Sin su consejo y su audacia, yo sería un humilde dependiente. Él orientó mi fortuna.
- ESTEBAN. Pero la de don Mauricio es superior a la suya.
- VIRGILIO. Emprendió, además, otros negocios. Hizo jugadas de Bolsa con resultado brillante.
- ESTEBAN. No hay asunto que le arredre. Este negocio es pequeño para él. Cualquiera día hace renuncia de su parte a favor suyo y le abandona a su suerte.
- VIRGILIO. Eso, ni pensarlo. ¿Qué sería de esta casa sin don Mauricio Zambrano?
- CAMPILLO. Sería... una balsa de aceite.
- VIRGILIO. (*Molesto, a CAMPILLO.*) Haga el resumen de notas. Corre prisa.
- CAMPILLO. Sí, señor.
Continúa su trabajo.
- VIRGILIO. (*A ESTEBAN.*) Sigue en tu trabajo. Ya resolverá don Mauricio lo del envío a Barcelona.
De la calle, Don MAURICIO Zambrano. Porte y aspecto de gran señor.
- MAURICIO. Buenas tardes. ¿Hay alguna novedad?
- VIRGILIO. (*Más que cordial, servicial.*) Ninguna, ninguna, Mauricio. Únicamente me decía Esteban que Barrutell equivocó la factura.
- MAURICIO. (*A ESTEBAN.*) ¿A favor o en contra?
- ESTEBAN. En contra. Trescientas veinte pesetas.
- MAURICIO. No tiene importancia. Se liquida. Las pagarán los clientes. Barrutell da buenos precios y es fábrica que interesa.
- VIRGILIO. Desde luego.
- ESTEBAN. ¿Hago el giro?
- MAURICIO. Sí, y escriban pidiendo género. Hay que pedir mucho género, Virgilio. Un día que se pierde es un quince por ciento que se aumenta.
- VIRGILIO. Estás en todo, Mauricio.
- MAURICIO. Vienen las circunstancias favorables y hay que aprovecharlas. Esteban, escriba haciendo el pedido doble.
- ESTEBAN. ¿Doble?...
- MAURICIO. O triple. Pida usted el triple.
- ESTEBAN. Como mande.
- MAURICIO. Campillo, ayude a Esteban a despachar el correo.
- CAMPILLO. Al momento.
Mutis ESTEBAN y CAMPILLO al despacho.
- MAURICIO. ¿Y Tadeo?
- VIRGILIO. Le mandé a la Oficina Central de Evacuación. Supongo que no te molestará.
- MAURICIO. Tan dueño eres tú como yo. Te lo he dicho muchas veces.
- VIRGILIO. Cierto. Pero estando tú aquí, parece que la autoridad es mayor.
- MAURICIO. ¡Siempre serás un pobre hombre! (*Pausa breve.*) ¿Y a qué fue allí Tadeo?

- VIRGILIO. A esperar a mis sobrinas.
- MAURICIO. ¿Las de Madrid?
- VIRGILIO. Llegan hoy evacuadas.
- MAURICIO. ¡Buenos están los tiempos para dar cobijo a nadie!
- VIRGILIO. Son las hijas de mi hermana... Dos criaturas huérfanas.
- MAURICIO. Y de las cuales te harás responsables con todas sus consecuencias.
- VIRGILIO. ¿Qué harías tú en mi caso?...
- MAURICIO. No sé... Ya conoces mi carácter. Mauricio Zambrano no es un sentimental, sino un hombre práctico y materialista. Y aun en mi casa...; soy soltero, rico e independiente. Nadie puede reprochármelo. Tú no estás en igual plan. Tienes una familia. No eres libre.
- VIRGILIO. ¿Y crees a los míos tan malos que se opongan?
- MAURICIO. Tu mujer y tus hijos no son malos, pero, ¿quién no te dice que ante la amenaza de la vida en común con los parientes se envenenan de egoísmo?...
- VIRGILIO. Ni pensarlo.
- MAURICIO. En fin, allá vosotros. (*Pausa y transición.*) Lo interesante es que toda tu actividad la despliegues almacenando géneros. Vende lo menos posible. La guerra va para largo. Lo que no despaches hoy, mañana lo pagan doble.
- VIRGILIO. Hasta ahora no nos podemos quejar. La gran tragedia que ha perjudicado a tantos ha favorecido a algunos.
- MAURICIO. Hay que ganar mucho más, mucho más, y ésta es la ocasión magnífica. Si me hicieras caso...
- VIRGILIO. En lo que tú quieres, no. Yo me conformo con esto... Con el negocio de siempre.
- MAURICIO. Tal vez te pese algún día... En la vida no se presentan muchas ocasiones para hacerse millonarios...
- VIRGILIO. No es tanta mi ambición.
- MAURICIO. Tienes una familia...
- VIRGILIO. Somos ricos.
- MAURICIO. La riqueza no debe tener límite. (*Confidencial.*) En dos días he ganado diez mil duros.
- VIRGILIO. ¿Cómo?
- MAURICIO. Especulando en subsistencias.
- VIRGILIO. Es un juego peligroso.
- MAURICIO. Pero de resultados espléndidos. (*Confidencial e imperativo.*) Nosotros tenemos ganada una reputación comercial. No despertamos sospechas. y aquí mismo podrían venir los géneros con estos embalajes...
Por las cajas grandes del almacén.
- VIRGILIO. ¡No, eso no!
- MAURICIO. ¡Sígueme, cobarde!

- VIRGILIO. No, Mauricio... Vuela tú que naciste para águila... A mí, déjame en el almacén, donde hicimos nuestra suerte y en donde, a pesar de lo ocurrido, seguimos siendo los dueños sin que nadie nos haya molestado.
- MAURICIO. ¡Eso faltaba!... Nuestra dependencia sólo tiene con nosotros motivos de gratitud. Incluso antes ya gozaban de una participación pequeña en los beneficios.
- VIRGILIO. Gracias a tu talento.
- MAURICIO. Soy hombre previsor, y más vale dar algo a tiempo por gusto que ceder todo por fuerza.
- VIRGILIO. Lo cierto es que hoy ganamos como nunca.
- MAURICIO. Es nuestra hora, Virgilio. Hay que aprovecharla. Tú te conformas con esto. Yo con esto... y con lo que sea... ¡Bah! Confío en que te decidirás.
- De la calle, TADEO.*
- VIRGILIO. *(Yendo a su encuentro.)* ¿Llegó la caravana?
- TADEO. Sólo han venido dos autobuses. En la oficina me dijeron que faltaban por llegar otros dos. No deben tardar mucho.
- VIRGILIO. Pero ¿no sabes si han llegado mis sobrinas?...
- TADEO. Creo que no, don Virgilio. No me atrevo a asegurarlo, pero...
- VIRGILIO. Haberlo preguntado, hombre.
- TADEO. ¿A quién?... ¡Si no conozco a nadie de los que llegaron!
- VIRGILIO. Al Jefe de la Oficina o al Responsable de la expedición.
- TADEO. No tengo confianza con ellos, don Mauricio.
- VIRGILIO. ¿Has hecho lo que te dije?
- TADEO. De sobra. Mientras bajaban los viajeros estuve voceando un buen rato: «¡Elenaaa!... ¡Florentinaaaaa!... ¡Florentinaaa!... ¡Elenaaa!... ¿No?... ¿Nooo?... » Y todos contestaban con su poquitín de pitorreo: «¿Sí?... ¡Síii!»
- MAURICIO. ¡Darías el mitin!
- TADEO. Di un escándalo. Tanto que un guardia creyó que lo mío era una cogorza de alegría y me quería detener.
- MAURICIO. ¡Eres idiota.
- TADEO. Eso me dijo el guardia. Pero justificado mi vocerío, me permitió repetir los gritos. Subí a la baca del autobús y me partí los pulmones llamando a Florentina y a Elena. Nadie me contestó, don Virgilio.
- VIRGILIO. Vuelve allí inmediatamente y espera hasta que lleguen los otros coches.
- TADEO. Sí, señor.
- VIRGILIO. No vuelvas sin las chicas, te lo suplico.
- TADEO. ¿Vuelvo a decir lo del «NO»?
- VIRGILIO. Pero sin armar escándalo. Vete pronto.
- MAURICIO. Fíjate. A ver si traes otras.
- TADEO. Descuide, que no me fallan. Llevo aprendidas las señas. ¡Chatilla la más bajita!... ¡La otra un poco más!... ¡No se me olvida!

Mutis calle.

VIRGILIO. Es un buenazo este Tadeo.

MAURICIO. A ti, todos te lo parecen. Eres muy blando, Virgilio. Si yo fuera como tú, acabaríamos pidiendo limosna.

VIRGILIO. Puede que tengas razón.

CAMPILLO. *(Asomándose por el despacho.)* Se despachó la correspondencia. ¿Firma usted, don Mauricio?

MAURICIO. Desde luego.

Mutis al despacho. CAMPILLO le cede pase y hace mutis tras él. Pausa. VIRGILIO termina de poner unos géneros en la caja grande y después coloca sobre ella la tapa.

En este momento vienen de la calle Doña AMPARO, TONINA y BERNIZA. Tipo de intelectual.

AMPARO. Ya estamos de vuelta.

VIRGILIO. ¡Hola familia!... ¿Del cine?

AMPARO. Por no perder la costumbre.

TONINA. *(A BERNIZA, que se quedó junto a la puerta.)* Pasa, pasa un momento. Saludarás a papá.

AMPARO. *(A don VIRGILIO.)* Nos acompañó este ilustre amigo.

BERNIZA. *(Timorato, ofreciéndole la mano.)* ¿Sigue usted bien, don Virgilio?

VIRGILIO. *(Estrechándose, un poco confuso.)* Muy bien... ¿Y usted?

TONINA. ¿No lo recuerdas, papito?... Te lo presenté ayer noche... Le conocimos por la tarde.

AMPARO. ¡Una gran persona!... ¡Samuel Berniza! Haz memoria... Ayer te lo presentamos.

VIRGILIO. ¡Me presentáis a tantos que me hago un lío!

AMPARO. *(Seca.)* ¿Quieres decir que te molestan las presentaciones?

VIRGILIO. *(En tono conciliador.)* No; nada de eso... Lo que me molesta es mi falta de memoria. *(Quiriendo congraciarse.)* ¿De modo que usted es el señor...?

BERNIZA. Berniza.

VIRGILIO. Sí, sí. Gran persona el señor Berniza. ¿Y en su casa bien?...

TONINA. Pero si no tiene casa, papá.

VIRGILIO. ¿No tiene casa?... ¿Cómo es eso?...

AMPARO. Te dijimos que es un evacuado.

VIRGILIO. ¡Ah!...

BERNIZA. Vine hace un mes de Madrid.

TONINA. Y ayer le conocimos en el cine. Iba yo con mi mamá.

AMPARO. *(A BERNIZA.)* Mi niña –nuestra niña– no sale sola de casa. Donde va ella voy yo. Donde voy yo viene ella...

BERNIZA. ¿Se complementan ustedes?

TONINA. Somos como dos amigas.

AMPARO. Yo no soy como esas madres que conceden a sus hijos libertad para que vuelen. De ningún modo...

BERNIZA. Lo sé, señora.

AMPARO. Mi niña –nuestra niña–, con su mamá, a todas partes.

- BERNIZA. Lo sé, señora.
- AMPARO. Yo, siempre tamizando... Relaciones, amistades, flirts...; de todo estoy enterada. ¡Si todas las madres hicieran lo mismo!
- BERNIZA. No habría tanta perdición.
- AMPARO. Claro que a mi Tonina no la privo ningún gusto. ¿Quiere ir al cine? ¡Connmigo!
- TONINA. Vamos todos los días. El teatro no me gusta.
- AMPARO. *(Riendo.)* ¡Dice que hacen los entreactos larguísimos!...
- TONINA. ¡Y que hay exceso de luz!...
- BERNIZA. Además, al teatro se ha de ir con la preocupación de oír a los actores la digestión horrible del autor que ha tomado café sin azúcar.
- VIRGILIO. ¡Usted tiene talento!
- TONINA. En cambio, al cine... Se va con la sola preocupación de oír al vecinito de butaca. Ventajas de la obscuridad.
- AMPARO. ¡Qué chiquilla!... ¡Es un diablillo! ¡Así, ayer le escuchó a usted!...
- BERNIZA. Para mí fue una fortuna encontrarlas. No conozco a nadie aquí.
- VIRGILIO. En nosotros tendrá siempre unos amigos. ¿Es usted funcionario?...
- BERNIZA. *(Despectivo.)* ¡Oh!... No, señor.
- AMPARO. El señor Berniza es un sabio.
- VIRGILIO. ¡Me lo presumí!... Cuando dijo lo del café sin azúcar vi que era usted un hombre de talento.
- AMPARO. ¿Qué talento?... ¡Si es un sabio a la moderna!
- BERNIZA. ¡Oh!... ¡Gracias!... ¡Cuánto favor!...
- AMPARO. Dice que está descubriendo las causas de... ¿De qué?
- BERNIZA. Del «Pesimismo fundamental a través de la coloración de las orejas».
- TONINA. Ya ves, papá.
- AMPARO. *(A don VIRGILIO, por BERNIZA.)* ¡Cuando yo digo que es un sabio!...
- VIRGILIO. ¿Y... eso le produce mucho dinero?
- AMPARO. *(Visiblemente molesta.)* ¡Ya salió el alma judaica!... ¡Tamiza, Virgilio!... Tamiza lo que preguntes.
- TONINA. *(A BERNIZA.)* Discúlpale, Samuel. Papá es un poco materialista.
- VIRGILIO. No creo haberle ofendido.
- BERNIZA. De ningún modo. Usted tiene su concepto. A los hombres de estudio el dinero apenas nos preocupa. Vivimos para la posteridad. Mi estudio «Pesimismo» formará época en los anales de las «Ciencias sublimes».
- AMPARO. Lo creo. Sus explicaciones me dejan maravillada.
- VIRGILIO. ¿Tan importantes son?
- BERNIZA. ¡Oh!... Importantísimas. El «Pesimismo fundamental» es la consecuencia lógica del ostracismo mandibulario y cacuménico. *(Después de examinarle las orejas a don VIRGILIO.)* Usted mismo es un caso de «Pesimismo fundamental». En el bermellón de sus orejas se revela el pesimismo de su alma.

- VIRGILIO. ¡Ilustre amigo! ¡Que el bermellón de mis orejas son los malditos sabañones!
- BERNIZA. ¿Y qué son los sabañones, sino símbolo del «Pesimismo fundamental»?
- VIRGILIO. Dígamelo a mí, que no me dejan dormir.
- BERNIZA. ¿Le pican?
- VIRGILIO. Mucho.
- BERNIZA. ¿Y se rasca?
- VIRGILIO. Claro.
- BERNIZA. ¿Sufre?
- VIRGILIO. Bastante.
- BERNIZA. Luego padece. Hay una ausencia de bienestar y un reflejo de dolor.
- VIRGILIO. Exacto.
- BERNIZA. ¿Y qué produce el dolor sino un «Pesimismo fundamental»?
- VIRGILIO. Tiene usted razón, señor Berniza.
- TONINA. Naturalmente.
- AMPARO. ¡Es un gran hombre!...
- BERNIZA. Cuando en tiempos de paz se pueda analizar mi teoría, muchos se han de convencer de que en la retaguardia no todos pierden el tiempo... ¡Oh, el «Pesimismo»!... Si don Virgilio me autoriza, ya hablaremos con calma...
- AMPARO. No faltaba más. Le esperamos por casa.
- BERNIZA. Honradísimo.
- VIRGILIO. *(Por no desentonar.)* ¡Y nosotros!... ¡No faltaba más!
- TONINA. *(A BERNIZA.)* Ven mañana y conocerás a Narciso, mi hermano. ¡Es un truhán!
- AMPARO. Ese no va para sabio.
- VIRGILIO. Se contentó con ser un fresco.
- BERNIZA. Tendré mucho gusto en saludarle. *(Transición.)* Y ahora, si me permiten, me retiro. Es la hora del ticket.
- VIRGILIO. ¿De qué?
- BERNIZA. Del ticket para la comida. De no ir pronto me expongo a perder el turno, y a un pesimista consciente no le están bien ciertas cosas. ¡Bostezar, por ejemplo!
- AMPARO. ¡Es un talentazo!
- VIRGILIO. Como guste. Ya sabe dónde tiene su casa.
- AMPARO. *(Ofreciéndole la mano a BERNIZA.)* Encantada.
- BERNIZA. ¡A sus pies! *(A don VIRGILIO.)* Siempre suyo.
- VIRGILIO. *(Estrechando su mano.)* A sus órdenes.
- BERNIZA. *(A TONINA, rápido y bajo.)* Mañana, en el mismo cine. Tengo un sitio colosal. *(Alto.)* Saludos a tu hermano y hasta siempre. *(Al iniciar el mutis tropieza con una caja.)* ¡Ay!
- AMPARO. ¿Se ha hecho daño?
- BERNIZA. *(Doliéndose de la rodilla.)* No, no... Gracias... Pero este golpe me anuncia... que me quedo sin ticket. ¡Pesimismo!... ¡Todo pesimismo!

Mutis, calle.

- AMPARO. ¡Es un chico encantador!
- VIRGILIO. Para ti lo son todos, por lo visto. Cada día me presentáis a uno nuevo.
- AMPARO. ¿Eh?... Tamiza bien tus palabras.
- TONINA. Eres muy desaprensivo, papito. Juzgas con demasiada ligereza. ¡Ten en cuenta que es un sabio!...
- AMPARO. Y, además, ¡un evacuado!... Por esto, al menos, debía merecerte simpatía.
- VIRGILIO. ¡Si me ha sido muy simpático!... ¡Me ha hecho una gracia loca lo del pesimismo y los sabañones!...
- TONINA. ¡Pobrecillo!... ¡Me da una lástima pensar que perdió su casa!
- AMPARO. ¡A una persona tan ilustre como Berniza no tendría inconveniente en ofrecerle la nuestra!
- VIRGILIO. ¡Me conmueve tu generosidad!
- AMPARO. La compasión y los doblones son para las ocasiones. Ahora es cuando se ven las almas buenas. Acoger a un evacuado es en estos momentos un honor.
- TONINA. Ciertamente.
- VIRGILIO. *(Con visible satisfacción.)* ¡No sabéis cómo me enternecen vuestras palabras!
- TONINA. *(Equivocando el motivo.)* ¿De veras, papito?
- VIRGILIO. ¡Y tan de veras! *(Saca una carta y se la ofrece a AMPARO.)* Toma y lee. De Madrid.
- AMPARO. ¿De Madrid?
- TONINA. ¿De tus sobrinas?
- VIRGILIO. De mis sobrinas... que son tus primas.
- AMPARO. *(Nerviosa, después de leer rápidamente la carta.)* ¿De modo que llegan hoy?... *(Seria y molesta.)* Y tú... ¿sin decirme nada?
- VIRGILIO. Recibí la carta hace un rato.
- TONINA. *(Desabrida.)* ¿Vienen Elena y Florentina?...
- VIRGILIO. Eso parece.
- AMPARO. ¿Y... qué piensas hacer?
- VIRGILIO. Acogerlas como dos hijas.
- AMPARO. Pero... ¿dónde las metemos?
- VIRGILIO. Donde sea.
- AMPARO. Por lo visto estás dispuesto –como siempre– a hacer tu santísima voluntad sin contar conmigo para nada.
- VIRGILIO. En este caso, creo que mi voluntad es la tuya. Son... ¡nuestras sobrinas!...
- AMPARO. Las tuyas... nada más.
- VIRGILIO. *(Quiriendo imponerse.)* ¡Y nada menos!... ¿Te parece poco?
- AMPARO. Me parece mucho. ¡Buenos tiempos corren para cargar con dos bocas más!
- VIRGILIO. ¿No decías que acoger a un evacuado es un honor?...
- TONINA. Lo dijimos por Berniza.
- VIRGILIO. Pues si os merece lástima, más compasión os deben inspirar esas dos niñas.

- AMPARO. Dos niñas inaguantables... Tan mimadas... Tan señoritingas... ¡Un horror!
- TONINA. ¡Y un rato antipáticas!... Elena, la mayor, es una romántica cursilona, y Florentina, la pequeña, habla más que una cotorra y es más traviesa que un chivo.
- VIRGILIO. Ten más piedad para su pena. Antes, en los buenos tiempos, no hablabas así de ellas... Bien te vanagloriabas de tener unas primitas que alternaban con lo mejor de Madrid.
- AMPARO. Antes, sí. Hoy cambiaron las cosas.
- VIRGILIO. ...¡Y despertó vuestro egoísmo con inclemencia salvaje!...
- TONINA. ¡Papá!...
- AMPARO. Tamiza lo que dices.
- VIRGILIO. ¡Estoy harto de tanto tamizar!... ¡No soy ningún cedazo! ¡Y se acabó!... Mis sobrinas serán recibidas en esta casa como siempre lo fueron mis hijos en la suya. ¡Y vivirán con nosotros!
- TONINA. ¡Lo que ellas querían!
- AMPARO. Será si yo lo consiento.
- VIRGILIO. ¿Cómo?
- AMPARO. No estoy dispuesta a que nadie venga a usurpar lo que sólo es de mis hijos.
- VIRGILIO. (*Ante las palabras enérgicas de doña AMPARO, se siente el hombre humilde de siempre.*) No te ofusques, Amparo... Ten serenidad...
- AMPARO. ¿Después de darme el disgusto?... ¡Eso es muy cómodo!... ¡Si ya sé que esas dos niñas no traerán nada bueno!...
- De la calle, NARCISO.*
- NARCISO. ¡Hola, papá!
- VIRGILIO. Hola.
- NARCISO. (*A su madre, después de reparar en la seriedad de todos.*) ¿Qué pasa?
- AMPARO. Tu padre te lo contará.
- NARCISO. No me asustéis. ¿Han llamado a mi reemplazo?
- TONINA. Peor todavía...
- AMPARO. Tus primitas de Madrid...
- NARCISO. ¿Qué les sucede a mis primas?... ¿Otra desgracia?...
- AMPARO. La desgracia esta vez es para nosotros.
- TONINA. Vienen evacuadas.
- NARCISO. (*Con alegría.*) ¿De veras?
- AMPARO. ¡Y a vivir en nuestra casa!... ¿Qué te parece, Narciso?
- NARCISO. ¿A mí? ¡Admirable, mamá!
- VIRGILIO. (*Con gran satisfacción.*) ¿Verdad que sí, hijo mío?
- NARCISO. (*Cínico, evocando su recuerdo.*) Naturalmente... Son unas «niñas jamón»... ¡Están en plan caramelo!... ¡Las temporadas que estuve en su casa de Madrid lo pasé brutal. Gracias a ellas!
- VIRGILIO. (*Abatido.*) ¡Me has hecho más daño que tu madre! ¡Te creía más juicioso!

- NARCISO. Pero si es que...
- AMPARO. Dilo, hijo mío, dilo claro. Tus primas son dos cabezas locas y tu papaíto quiere exponerse a cargar con el mochuelo de sus locuras.
- TONINA. ¿Por qué no van a la «Asistencia Social»?
- VIRGILIO. ¡No hables así, Tonina!...
- NARCISO. (A VIRGILIO.) No hagas caso. Esta les tiene hincha... Que vengan... Yo las protegeré...
- TONINA. ¡Cállate, tonto!
CAMPILLO del despacho. Lleva unas cartas.
- CAMPILLO. Voy a depositar el correo. ¿Quiere algo, don Virgilio?
- VIRGILIO. Hasta mañana. Pero que madrugue un poco más. Viene tarde hace unos días.
- CAMPILLO. Es que tengo en casa un evacuado que está haciendo de mí un mártir. Perdió la llave del piso y he de velar hasta que vuelva de su alegría nocturna. ¡Es un fresco! Porque protesto, me amenaza con denunciarme y que me echen del piso.
- NARCISO. ¡Vaya campeón del hielo!
- CAMPILLO. Mala suerte. Muchos tuvieron la fortuna de alojar a evacuados buenísimos; pero el mío ¡es un lagarto!... No quieran ustedes saber las trastadas que me hace...
- AMPARO. Hay que fijarse mucho en quién metemos en casa...
- CAMPILLO. Ya lo creo.
- TONINA. Es lo que nosotros decimos a papá.
- AMPARO. Una persona extraña en un hogar es un peligro.
- VIRGILIO. Mis sobrinas no son ningún extraño. Son... mi propia sangre.
- CAMPILLO. Eso es muy diferente.
Del despacho, don MAURICIO y ESTEBAN.
- MAURICIO. (A CAMPILLO.) ¿Todavía usted aquí?...
- CAMPILLO. Perdón. Muy buenas tardes.
Mutis a la calle.
- MAURICIO. ¿Qué tal, doña Amparo?... (A TONINA.) Chatilla... (A NARCISO.) ¡Hola, gandul!... Ya sé que tu reemplazo está en puerta. Prepárate.
- NARCISO. Se hará lo que se pueda.
- MAURICIO. ¿Por no ir?... ¡Te creo capaz de todo!
- NARCISO. Ya veremos.
- AMPARO. (Desviando la conversación, que le resulta enojosa.) ¿Sabe usted la noticia, señor Zambrano?
- MAURICIO. Algo me ha dicho Virgilio.
- AMPARO. Y usted que es tan sensato, tan ecuánime, ¿qué le aconseja?...
- MAURICIO. ¡Ah!... Yo, señora, estimo que los problemas familiares no aceptan consejo alguno. Son cosas tan delicadas... Pero deje que lleguen las chicas... ¡A lo mejor no vienen!
A través de los cristales se recortan las siluetas de FLORENTINA y ELENA, que parecen querer

- cerciorarse de que se hallan ante la casa que buscan.*
- VIRGILIO. *(Reconociéndolas dice, con emoción.) ¡Míralas!... ¡Ellas son! (Va hacia la puerta a recibirlas, en éxtasis de alegría de dolor. Entran ELENA y FLORENTINA. Vienen cargadas con maletas, mantas y algunos paquetes. En su rostro se refleja su sufrimiento moral y su cansancio físico, al que se impone una juventud espléndida.) ¡Elena!... ¡Florentina!...*
- ELENA. *(Abrazándole.) ¡Tío!...*
- FLORENTINA. *(Abrazándole.) ¡Padrino!...
Forman un grupo emotivo. Pausa.*
- ELENA. *¡Tía!... ¡Tonina!... ¡Narciso!...
Besan a toda la familia. NARCISO les corresponde, interesado. AMPARO y TONINA les devuelven el beso con una frialdad torturadora.*
- AMPARO. *¡Hola!...*
- FLORENTINA. *(Ingenuamente.) ¿Está usted bien, tía?*
- AMPARO. *(Seca.) Bien. ¿Y vosotras?...*
- FLORENTINA. *Ya nos ve. Espachurradas como un flan por el viaje. (Transición rápida y alegre a TONINA.)
¿Cómo estás, primita?*
- TONINA. *(Seca, como su madre.) Bien. ¿Y tú?*
- FLORENTINA. *También.*
- TONINA. *Me alegro.*
- FLORENTINA. *Muchas gracias.*
- NARCISO. *(Más cordial y siempre cínico.) A mí no es necesario que me interrogues, pitusilla.
¡Contéplame, no más!...*
- FLORENTINA. *(Después de examinarlo.) ¡Estás muy mayor, Narciso!...*
- NARCISO. *Y tú te has convertido en un guayabo peligroso. ¿Sigues siendo tan traviesa?*
- ELENA. *Ahora ya no... ¡Pobrecilla!*
- FLORENTINA. *Me he vuelto más formal que un juez de guardia.*
- VIRGILIO. *(Cortando la conversación.) Permitid que os presente. Don Mauricio Zambrano, mi consocio. Esteban Serrat, nuestro contable. Elena y Florentina, mis sobrinas, de las que tanto les hablé.*
- MAURICIO. *Mucho gusto.*
- ESTEBAN. *Encantado.*
- ELENA. *Servidora...*
- FLORENTINA. *Servidora...
Se devuelven afectuosamente los saludos.*
- MAURICIO. *Tenía verdaderos deseos de conocerlas personalmente, y deploro las tristes circunstancias que nos han deparado esta ocasión.*
- ELENA. *Al menos, para nosotras muy amargas.*
- MAURICIO. *Por sus tíos supimos la terrible desgracia que les aflige. Hay que imponerse al momento. La resignación es el recurso de los débiles.*

- ELENA. Tiene usted razón, señor.
- FLORENTINA. Más resignación es imposible... Estamos debilísimas. No hemos abierto la boca ni para comer.
- ELENA. ¡Florentina!...
- FLORENTINA. La verdad, Elena, la verdad. No estamos para etiquetas.
Doña AMPARO cambia un gesto de inteligencia con sus hijos, como diciendo: ¡Qué descarada es la niña!
- VIRGILIO. *(A MAURICIO, por FLORENTINA.)* ¡Es un encanto!
- MAURICIO. Y que tiene razón...
- FLORENTINA. ¡Y hambre!...
- ELENA. ¡Florentina!...
- FLORENTINA. ¡La verdad, hermana, la verdad!...
- VIRGILIO. Ahora subimos a casa...
- MAURICIO. La guerra nos exige todo género de sacrificios, y a ella nos debemos los verdaderos patriotas. Nadie debe regatear su ayuda para la guerra. ¿No es eso, Virgilio?...
- VIRGILIO. Desde luego.
- MAURICIO. ¿No opinan ustedes lo mismo?...
- AMPARO. Sí, claro.
- TONINA. *(Como una gran cosa.)* ¡Yo hice un jersey para el frente!...
- FLORENTINA. *(Ingenua.)* ¡Quince hice yo antes de nuestra desgracia!
- NARCISO. Yo regalé uno de mis abrigos... viejos...
- FLORENTINA. ¿Con agujeros?... ¡Pues para el frente no sirven!... Entra el frío por los boquetes... ¡Qué rumboso!... ¡Y, a lo mejor, tú te estarás constipando!
- TONINA. ¡Eres muy descaradilla!
- ESTEBAN. Pero tiene gracia...
- FLORENTINA. Sí... como las monas: cuando me rasco.
- AMPARO. *(Bajo y rápido a NARCISO.)* ¡Nos ha caído el gordo con esta niña!
- NARCISO. *(Por ELENA.)* ¡Y la aproximación, mamá!...
- TONINA. *(Por su padre.)* ¡Y algo de la *pedrea!*...
- VIRGILIO. *(Solícito y conmovido.)* Bueno. Estáis en vuestra casa. ¿Verdad, Zambrano?
- MAURICIO. No faltaría más.
- VIRGILIO. *(A sus sobrinas.)* Habréis sufrido mucho, ¿verdad?
- ELENA. ¡Ay, tío!... ¡No quiera usted saber!
- FLORENTINA. Elena, echa el freno a los suspiros. ¡Hay que ser fuerte!... *(Transición.)* Llorando y suspirando no se arregla el pavimento. Aquí lo interesante es saber cómo hemos caído en esta casa.
- VIRGILIO. ¿Qué dices, niña?...
- FLORENTINA. Sí, padrino. Ver si entre vosotros hemos aterrizado en paracaídas o hemos entrado en barrena.

- ELENA. Cállate, parlanchina.
- FLORENTINA. ¡Hemos volado a la fuerza!... ¡Nosotras no queríamos!... (*Transición, llorando y abrazando a don VIRGILIO.*) Pero... ¡nos han obligado a salir de Madrid!...
- VIRGILIO. Vamos, vamos... ¿Tú, tan valiente y llorando?...
- FLORENTINA. (*Cesando de llorar de pronto.*) Es que... así... no llorará esta. Le ahorro trabajo. Lloro a destajo... Sus dedos parecen el limpia-parabrís de un coche... Siempre está así... (*Imita a los limpia-parabrís de los autos.*)
- VIRGILIO. Pues se va a acabar el llanto. ¡Esta casa, en la nuestra, habéis caído de pie y con todos los honores! (*Transición, impregnada de ternura.*) Pero contadme... ¿Tuvisteis buen viaje?
- FLORENTINA. (*Irónica.*) ¡Un encanto!
- ESTEBAN. No habrá sido de turismo...
- ELENA. Muy desagradable... Incómodo, largo y de una tristeza infinita.
- FLORENTINA. ¡Y que, como soy tan pequeña, pues que vine en el autocar como un fardo!
- ELENA. ¡En aquella caravana de dolor se hacía más viva la emoción de tanto recuerdo trágico!...
- FLORENTINA. (*Con rencor.*) ¡Malditos aviones! (*Transición.*) ¿Para eso se devanan la sesera los sabios?... ¿Para inventar esas cosas? ¡Cómo se burlarán los ignorantes de su talento destructor!...
- MAURICIO. (*Rápido, a don VIRGILIO.*) No es tonta la chiquilla...
- VIRGILIO. (*Ídem, a ZAMBRANO.*) Ya te decía yo...
- ELENA. ¡Dejar nuestro Madrid!... ¡Perder nuestro hogar!...
- FLORENTINA. ¿El hogar? (*A ZAMBRANO.*) No lo crea usted. (*Transición.*) Del hogar no hemos dejado más que el solar. (*Nueva transición.*) ¡Allí quedaron nuestros padres!... ¡Y mis muñecas!... ¡Las últimas que me compró mamá!
- ESTEBAN. (*Que durante toda la escena ha seguido con gran emoción los gestos y frases de FLORENTINA.*) ¡Pobre pequeña!
- VIRGILIO. Vamos, tontina... Ánimo... ¡Hay que levantar el espíritu!...
- FLORENTINA. No, si yo lo tengo por las nubes... Soy muy valiente. ¡No tengo miedo a nada! (*Transición.*) Pero si veo llorar a mi Elenita... me acobardo. Ella y ustedes son lo único que me queda en el mundo.
- AMPARO. (*Bajo, rápidamente a TONINA.*) Verás que es una «gatita»... (*Por FLORENTINA.*)
- FLORENTINA. (*A ELENA.*) Cuando recibimos la orden de evacuación tú me dijiste que en nuestros tíos encontraríamos unos padres... Y unos hermanos, en nuestros primos... ¡No me has engañado, Elena!... ¡Qué felices seremos a su lado! (*Por un gesto de AMPARO.*) No nos mire usted con el rabillo del ojo, títa...
- AMPARO. ¿Yo?
- ELENA. Es cuestión de poco tiempo... La guerra terminará pronto.
- FLORENTINA. Le aseguro que seremos buenas chicas, y obedientes.
- AMPARO. Yo no digo nada.

- MAURICIO. Aunque sea inmiscuirme en lo que no me importa, (A ELENA y FLORENTINA.) ¿Están ustedes preparadas?...
- FLORENTINA. ¿Para correr?... ¡Ya lo creo!... Soy casi campeón.
- MAURICIO. No. Me refiero a la lucha por la vida. ¿Tienen estudios?... ¿Han hecho alguna carrera?
- FLORENTINA. Yo, la de Navacerrada... Carrera con skís. Copa de plata.
- MAURICIO. Algo más práctico. Más útil.
- FLORENTINA. Mi hermana toca el piano y recita versos maravillosamente. Yo no toco nada. Y lo que toco... lo rompo. Pero somos muy listas, ¿verdad, Elena?
- ELENA. Ten juicio, Florentina.
- AMPARO. En fin, que no sabéis hacer nada.
- FLORENTINA. Poco más o menos sabemos lo que Tonina.
- TONINA. No te metas conmigo, ¿sabes?
- ELENA. Mi hermana quiso decir que nos hemos educado como tú. Con todos los caprichos satisfechos y sin preocuparnos la incertidumbre del mañana.
- FLORENTINA. ¿Quién iba a imaginarse la catástrofe?... Hasta ayer para nosotros todo fueron risas, alegría... ¡Mis padres!... ¡Mis muñecas!... ¡Madrid!
- VIRGILIO. No os aflijáis. En nuestro hogar tendréis vuestra nueva casa. Amparo, subid y que descansen las niñas.
- FLORENTINA. Descansaremos y... comeremos... ¡Tengo un apetito!...
- AMPARO. Creo, Virgilio, que...
- VIRGILIO. Te suplico que no me pongas obstáculos.
- AMPARO. ¿Obstáculos?... Al contrario... Tus sobrinas son mis sobrinas... Tus deseos, los míos. Pero la realidad se impone. No olvides que nuestra casa es pequeña y apenas tenemos sitio. Allí estarán muy incómodas.
- ELENA. No importa, tía.
- FLORENTINA. En cualquier rincón estamos bien.
- AMPARO. Podríamos buscar una pensión...
- VIRGILIO. ¿Qué dices?... Las hijas de mi hermana han de comer en mi mesa y dormir bajo mi techo.
- AMPARO. Creo que mi sugerencia no es del todo despreciable.
- TONINA. Claro.
- AMPARO. Hay pensiones de mucha confianza donde no han de carecer de las comodidades que merecen. Nosotras la pagaremos.
- VIRGILIO. Ellas no necesitan ahora de comodidades sino un poco del cariño que perdieron. Y para dárselo necesito tenerlas junto a mí.
- FLORENTINA. (Bajo, a ELENA, por sus tíos.) ¡Me parece que hemos caído de cabeza!
- AMPARO. (A VIRGILIO, enérgica.) En ese caso tendremos que echar a la calle a la criada o a tus hijos... ¡No estaría mal!

- VIRGILIO. ¡Jamás te imaginé tan egoísta!
- AMPARO. ¡El egoísta eres tú!... Yo defendiendo a mis hijos y mi casa.
- VIRGILIO. ¡Amparo!
- MAURICIO. Serenidad, señores.
- Pausa.*
- ELENA. (*A sus tíos.*) No regañen ustedes por nosotras. No vale la pena.
- FLORENTINA. Ya lo ha dicho la tía... La casa es pequeña... No hay sitio para nosotras, que cogemos las dos debajo de un plato...
- TONINA. ¡Y es verdad! ¡No lo hay!
- VIRGILIO. ¡Sí que lo hay! ¡El que yo dejo!
- FLORENTINA. (*Resuelta y digna.*) No padrino; tú a tu casa, con tu mujer y tus hijos. Es tu deber. Nosotras... ahora verás. (*Con decisión, a ELENA, cogiendo las maletas.*) ¡Vámonos, tú!...
- ELENA. ¡Florentina!
- FLORENTINA. Y sin llorar, ¿eh? ¡Vámonos!
- VIRGILIO. ¿Qué vais a hacer? ¿Adónde vais?...
- FLORENTINA. ¡A otra casa más grande que la vuestra!... ¡Mucho más grande! Donde dan cama y comida al que se acerca a sus puertas. ¡A la Asistencia Social!
- VIRGILIO. No. Vosotras... ¡conmigo y a mi casa!
- FLORENTINA. ¡Qué va!... A ti, muy agradecidas, padrino... Se ve que eres el hermano de mi madre... ¡Si pariente quieres ser, de la mujer!... (*Transición. A ELENA.*) ¡Qué diferencia entre este recibimiento y el de aquel buen hombre!... ¡Por la muñeca que me ofreció me hubiera ido con él!... «¡Si vienes a mi casa, te la regalo!», decía con voz de súplica. «Somos dos», le contesté... «¡Qué más da!», me replicó llorando de alegría. (*Pequeña pausa.*) Cuando supo que íbamos con unos tíos frunció el ceño y volvió a decir «¡Qué más da!»... Luego, vi como se llevó entre risas a dos niños, huérfanos como nosotras...
- Llora, abrazada a ELENA.*
- Se oye en la calle el cascabeleo del caballo de un simón.*
- MANOLÍN. (*Fuera, Fuerte.*) ¡Para, cochero! (*Entra MANOLÍN hecho una tromba, radiante de alegría.*) Señor Canet, ¿volvió el mozo?
- VIRGILIO. No. Pero diga al señor Ibáñez que mañana se facturará su caja.
- MANOLÍN. Será servido. Me llevo un niño y una niña evacuados de Madrid... ¡Más guapos son!... ¡Cuando los vea mi Ramona!... (*Indicando la calle.*) ¿Quieren ustés verlos?... En coche me los llevo, que no hay taxis... (*Transición, riendo.*) El niño quiere también un caballo, y... ¡a comprárselo voy!... Poco dinero tiene uno, pero... «¡Qué más da!»
- FLORENTINA. (*Reconociendo a MANOLÍN, en quien ha estado fijándose desde que entró.*) ¡Ya di con él! Elena, este es el hombre de la muñeca, ¿recuerdas?
- ELENA. ¡Es verdad!

- MANOLÍN. *(También reparando en ellas.)* ¡Señoritas!... ¿Ustés aquí?... ¿Son estos señores los tíos que buscaban?
- VIRGILIO. Sí, señor.
- MANOLÍN. ¡Hasta para ser evacuados hace falta tener suerte!... ¡En qué buen sitio! Las felicito.
- ELENA. *(Humilde.)* Gracias.
- FLORENTINA. *(Decidida.)* Diga, buen hombre, ¿no sabe de una casa que quieran acoger a dos evacuadas?
- VIRGILIO. ¿Eh?
- MANOLÍN. Ya lo creo... ¡La mía!
- ELENA. Usted ya lleva dos.
- MANOLÍN. ¡Qué más da!... ¿En dónde están?
- VIRGILIO. *(Cortando la conversación y empujándole cariñosamente hacia la puerta.)* No han venido todavía... No olvide lo del señor Ibáñez.
- MANOLÍN. No, señor... Si vienen esas chicas, me lo escriben.
- VIRGILIO. Ya se las mandaré. Vaya tranquilo.
- MANOLÍN. Mi casa es muy pequeña, pero...
- VIRGILIO. ¡Qué más da!
- MANOLÍN. Tiene usted mucha razón... ¡Qué más da!... ¡Salud!... ¡Salud!
Mutis, con mucha alegría, a la calle. Pausa embarazosa en escena. Y se oye fuera el cascabeleo del simón que se aleja.
- ESTEBAN. *(Por MANOLÍN.)* ¡Un alma grande!
- NARCISO. ¡Un sentimentaloidé!
- AMPARO. En los pueblos tienen las casas muy grandes...
- VIRGILIO. ¡Y el corazón mayor aún!
- MAURICIO. *(A doña AMPARO, conciliador.)* Creo que deben meditarlo. Mi opinión, ustedes me la pidieron, es que Elena y Florentina deben vivir con sus tíos.
- FLORENTINA. ¡Menos mal!... ¡Nos salió otro defensor!
- MAURICIO. Doña Amparo no puede olvidar cómo está la servidumbre hoy en día.
- AMPARO. No se encuentra una doméstica ni pagándola con oro. En casa sólo nos queda la asturiana.
- MAURICIO. Elena y Florentina pueden ser un gran alivio en las faenas del hogar.
- ELENA. ¿Criadas nosotras?
- MAURICIO. No he querido decir tanto... Ayudar, sencillamente... Todo menos recurrir a la Asistencia Social. *(A VIRGILIO y AMPARO.)* ¿Qué dirían de ustedes?
- AMPARO. No me parece mal la solución.
- TONINA. Ni a mí.
- NARCISO. ¡Ni a mí!
- FLORENTINA. *(Valiente y con decisión.)* ¡Ni a mí tampoco!... ¿Que hay que lavar?... ¡Pues se lava! ¿Que hay que fregar?... ¡Se rompen unos platos... y se aprende!... ¡Por mi parte, conforme! *(A ELENA.)* ¿Y por la tuya?

- ELENA. No sé.
- FLORENTINA. Di que sí, tonta.
- ELENA. (*Lloriqueando.*) ¡Si yo no sé hacer nada!
- FLORENTINA. ¡Qué más da! Lo interesante es querer hacer algo. ¿Conforme?
- ELENA. ¡Conforme!
- Pausa breve.*
- FLORENTINA. Pero no llores, mujer... ¡Ni tú tampoco, padrino!... Tal vez ahora empezamos a ser útiles al mundo... (*Transición. A AMPARO.*) Desde hoy somos sus criadas... ¿Condiciones? ¡Las que quiera! ¿Sueldo? ¡Se lo regalamos!... A ver un cubo... ¡Una escoba!
- VIRGILIO. (*Sin poder contener su emoción.*) ¡Florentina!... ¡Florentina!
- De la calle, TADEO.*
- TADEO. ¡No han venido sus sobrinas, don Virgilio!
- VIRGILIO. ¿Cómo que no han venido?
- TADEO. No, señor. ¡Palabra!... ¡Me cansé de vocear!...
- MAURICIO. Pero, hombre, si están aquí ya...
- TADEO. No puede ser... ¿Son éstas?
- FLORENTINA. (*Reconociendo a TADEO.*) ¡Ay!... ¡Usted es el chillaba tanto cuando llegó el autocar!... ¡Todos le creíamos un loco!... «¿Nooo?, ¿Síii?... ¿Nooo?» ¡Nos dio una lástima!... ¡Ja, ja, ja!
- TADEO. ¡Ah!... ¿Y se ríe?... ¡Pues a ustedes buscaba, señoritas!
- FLORENTINA. (*Con transición.*) Por eso no nos vio usted... Esperaba a dos señoritas, sin saber que las que venían... ¡eran dos pobres criadas!... Pero... ¡qué más da!... (*A AMPARO, dolorida y ceremoniosamente.*) ¡Puede mandar la señora!...

T E L Ó N

FIN DEL ACTO PRIMERO